

CAPITULO XIII.

CHONA BAJO LA INFLUENCIA DE LA MUSICA Y SANCHEZ
BAJO LA INFLUENCIA DEL CHAMPAGNE.

SANCHEZ creyó haber dado un paso conveniente, asegurando sus relaciones en aquel círculo, que se proponía explotar mas tarde, á la sazón que los dependientes de Cárlos estaban ya seguros de poder disponer de Sanchez en el momento en que lo necesitaran para el negocio que se iba á promover por la casa cerca del gobierno.

Sanchez, al sentir expansion por su conquista, fué per-

diendo su encogimiento y se dispuso á aceptar de lleno aquella situación llena de esperanzas.

Cárlos, por su parte, mas conocedor y experimentado, se conformó con entregar á Sanchez en manos de los dependientes, pudiendo merced á este recurso dedicarse á oír atentamente las hermosas piezas musicales que formaban parte del halagador programa del concierto.

¡La música! ese elocuente lenguaje de la pasión y del sentimiento, ese idioma que nos ha hecho concebir al ángel, que nos ha hecho soñar en que mas allá de esta vida ha de haber algo como la música; que nos parece la unión de todos los sonidos que nos han conmovido, como el rumor de las fuentes y de los árboles, como los trinos de las aves; la música, en la que adivinamos suspiros y sollozos y palabras de amor y de esperanza..... ¿de esperanza?..... sí, hay melodías que excediendo á la significación de cuanto el lenguaje puede expresar, tienen el poder de elevarnos sobre nosotros mismos como en el principio de un vuelo, cuyo fin se pierde con el pensamiento.

Sí; la esperanza con todo y ser una abstracción, se deja percibir en la música, se hace sentir en una melodía; los poetas han dicho que es un ángel, pero á su vez, todos los ángeles son creaciones que nacen en nuestro corazón, porque amamos algo superior á nosotros mismos.

La influencia de la música es una riquísima pauta, es un cosmos de observaciones, y así como hay un mundo invisible, habitado por los seres infinitamente pequeños, hay en el corazón humano un piélago insondable, un mun-

do también de pequeñas emociones que permanecen ignoradas del observador, como los animales microscópicos.

Nosotros en virtud de ciertos elementos morales que hemos querido bautizar con el nombre vulgar de *Linterna mágica*, tenemos el poder de estudiar ese mundo aparte en nuestros propios personajes.

Invitamos pues, al lector á estudiar á Chona, bajo la influencia de la música, olvidándonos entretanto de que hemos dejado á Sanchez en el comedor poniéndose bajo la influencia del Champagne.

No decimos cuales ni en que pasajes, algunas melodías tocaron algunas fibras del corazón de Chona; pero desde luego diremos que se estableció una relación misteriosa entre Chona, las melodías, y Salvador.

Chona empezaba á saborear lo que ni su moralidad, ni su experiencia le hubieran negado ser un crimen amargo; y si alguna vez pudiera comprenderse el símbolo del amor ciego, era entonces; porque Chona se dejaba arrastrar sin esfuerzo, como la barba de pluma por el ámbar, por el encanto de la música, y se dejaba arrastrar indiferentemente al cielo ó al abismo.

El piano, aquel piano del Norte, maravilloso resultado del adelanto mecánico, pulsado por inspirados ejecutistas, acompañado con la viola, el violoncello, el bajo, el violín y la flauta, instrumentos todos acordes, preciosos, tocados por Sayas, por Bustamate, por Beristain y por Jimenez, formaban un conjunto armonioso, y tal, que llenando toda

la onda sonora del salón, repercutían las vibraciones, encontrando como recipientes eléctricos los nervios de Chona.

Chona, la señora grave y aristocráticamente fría, la mujer sin amor, la planta sin flor, estaba bajo la influencia de un genio misterioso que, como un gran maestro escultor, estaba corrigiendo los perfiles de la obra del discípulo.

No sabemos que correcciones, que inclinación de líneas inexplicables, operábase en la fisonomía de Chona, pero sus ojos tomaban una expresión nueva de arrobamiento, en sus pupilas había un brillo inusitado y sus labios se entreabrían, como para decir juntas pero inarticuladas mil palabras de amor.

Salvador la miraba, mejor dicho, se extasiaba mirándola, y recogía aquel sobrante de luz, de sentimiento, de amor, que se desbordaba en Chona.

Esto no era extraño.

Ese amor que nace tarde, que brota entre dos seres que se han visto muchas veces sin mirarse, que se han hablado muchas veces sin comprenderse; ese amor es una verdadera mistificación, y entonces es cuando se comprende ese otro símil que se apropia el materialismo, «el amor es una enfermedad.»

Aceptando el amor como enfermedad moral, no nos cabe duda de que Chona experimentaba esa invasión, no solo en lo íntimo de su alma, sino en toda su economía, merced á la música.

La admirable combinación de nuestros sentidos y nues-

tras facultades intelectuales, la sabia subordinación posible de los instintos á la razón, de los deseos al deber, de las embriagueces al buen juicio, constituyen el ser perfecto, la individualidad libre, digna de su prerogativa de pensadora.

Pero ¿y los desvanecimientos, los vértigos, los arrobamientos y los delirios, falange fementida de causas eficientes que determinan los funestos desequilibrios, las caídas, las debilidades, y las catástrofes?

¡Seamos indulgentes todos los que luchamos en la barca de nuestras dificultades, pilotos de este mar de tan difícil travesía!

En Chona la música determinaba un desequilibrio, sentía y se permitía aceptar la sensación sin discutirla, porque se estaba estableciendo una nueva armonía entre la música y su alma.

La melodía, la voz cantante, se apoderaba de sus sensaciones; y los bajos, el acompañamiento y los llenos de la música, estaban armonizándose con su razón, con su cálculo, y con su juicio; de manera que en aquel conjunto homogéneo, Chona, identificada con la música, no hacía más que sentir, entregada toda á un arrobamiento en el que música y amor se fundían en un solo acento y en una sola sensación.

Este estado excepcional tenía tal prestigio, que estaba embelleciendo físicamente á Chona.

Salvador por su parte, cansado de la grande ópera de París y acostumbrado á las grandes reuniones, á los gran-

des conciertos; amigo de la Patti y de Mario tenía ya todo ese aire de desden del que viene del centro de la civilización á vivir en México; y si bien no había llegado á ser insensible á la música, ya se había acostumbrado á considerarla como un simple acompañamiento de ciertas situaciones; de manera que no era la música lo que en aquellos momentos le embargaba, sino la mirada de Chona, aquella mirada que sabía transmitir efluvios de pasión, que sabía penetrar al interior del joven descreído, que tenía el poder de fijarlo, como el magnetizador al sonámbulo.

Salvador estudiaba á Chona, y mientras más se fijaba en ella, iba descubriendo nuevos tesoros que á él mismo le sorprendían agradablemente.

—Después de todo, decía para sí, Chona tiene una fisonomía distinguida; yo no sé qué he dado en verle hace algunos días; me parece como que se va transformando. No le había visto bien los ojos... tienen una mirada... y la nariz, y la boca... cuando la entreabre como ahora, respira no sé que perfume. Decididamente Chona es una hermosa mujer..... ¡pobres!..... ya se ve, es mejor que no haya amado nunca, si llegara á amar..... he aquí una flor escencia híbrida; me sucedería lo que á aquel jardinero de París que tenía una vieja planta del trópico, y el día que la vio florecer, aquel hombre estaba loco de alegría.

El mal está en que Chona me conoce mucho; tiene razón, estoy muerto; y sin embargo..... entremos á cuentas.

Y recógióse Salvador en una actitud que era tan propia para concentrarse como un *diletante* á gozar de la

música, como para hacer abstracción completa de la música y hacer jardines.

Se pasó la mano por las cejas como acariciándoselas, para poder cerrar los ojos, y pensó:

—Hace muchos días que yo no pienso más que en Chona, este es un hecho; en este momento acabo de verla más bonita que antes, y sobre todo, me escuece á cada momento una idea con que no puedo transijir: Chona me cree inofensivo, le parezco una caja vacía, un estuche desprovisto, un residuo de amante; ¡qué papel tan triste! Aquí de mis conocimientos, aquí de mi letra menuda en materia de seducción..... ¡gastado! gastado ó no, valgo lo que siempre he valido, es necesario que Chona me ame. Decididamente, voy á probarle que no he muerto.

Después de este soliloquio Salvador levantó la frente; la sinfonía tocaba á su fin.

Salvador encontró aún la mirada de Chona, pero entonces él se fijó en la mirada, la aceptó no ya como indiferente, sino como el dueño de ella, al grado que Chona bajó los ojos.

—¡Todavía se me siente llegar! dijo para sí Salvador con no menos fatuidad que aplomo y con no menos aplomo que esperanza.

Hemos dejado á Sanchez entregado á los dependientes de la casa y formando un grupo en el comedor, al parecer muy poco afecto al divino arte de la música.

Sanchez, como se comprenderá, no se hizo rogar para apurar, una á una, cuantas copas de Champagne le ofre-

cieron; pues encontrándose en un círculo mas adaptable para él, perdió de una vez su encogimiento y bien pronto estuvo completamente bajo la influencia alcohólica; circunstancias que nos inducen á tratar tan importante materia en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIV.

LA EMBRIAGUEZ.

EL hombre, que alternativamente se siente rey del mundo ó náufrago perdido, padece con notable frecuencia una enfermedad rara.

Siente su insuficiencia.

Los resultados de una educacion imperfecta, la ignorancia y el natural encogimiento de todo el que se encuentra coartado por los reproches de su conciencia, pone al hombre en el peligroso predicamento de recurrir á una modificacion física y moral que se llama embriaguez.

Desde que el hombre pudo descubrir que su sér mora